

LAS CONVERSACIONES CATÓLICAS INTERNACIONALES DE SAN SEBASTIÁN

Por el Académico Correspondiente
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio

Guadianizada durante la contienda y la posguerra subsiguiente, la línea de fuerza que sostuviera el empeño bergaminiano de *Cruz y Raya* volvería a aflorar, restablecidos en parte los ejes vertebradores de la proyección cultural de un pueblo de ancha vena artístico-literaria en el correr de los siglos. Iniciadas en 1947, cuando en los resquicios de una dictadura aún roborante, espíritus clarividentes o muy animosos observaban incipientes atisbos de apertura, en las Conversaciones Católicas de San Sebastián convergieron y se aunaron corrientes muy variadas, brotadas en la amplia geografía intelectual y religiosa de Euskadi como cartas credenciales de la nueva y pujante etapa que sus elites estaban impacientes por protagonizar tras la sombría fase dejada atrás con la desaparición del franquismo puro y duro¹. Curiosamente, cuando comenzaba tal proceso, las Conversaciones llegaron a su fin. Hoy, más de medio siglo después de esa andadura, un comprensible halo legendario y, a las veces, hasta casi hagiográfico nimba dicho episodio en la reconstrucción hecha por más de una pluma nostálgica o... deturpadora².

¹ "Personalidades suspectas en los medios conservadores católicos de España cuando Carlos Santamaría, algunos años antes de la decisiva llamada del buen papa Juan, tenía la audacia de invitar a S. Sebastián (...) Venía luego el estudio de las personalidades a convocar. Había que ejercer, a derecha, a izquierda y al centro, compensaciones. No era labor fácil. Siempre en una línea decididamente progresista era preciso ceñir el aparejo a los vientos entonces dominantes, sobre todo en un ambiente cargado de suspicacia, propicio algunas veces hasta a la denuncia. ¡Gran crimen el de las Conversaciones! ¿No trataban de interrogar al porvenir? Esta especie de dogmáticos henchidos de prepotencia nunca dejaban de protestar, o de herir, si la ocasión se presentaba (...) Ocurrían incidentes imprevistos, a veces demasiado significativos (...) Santamaría tuvo que actuar como inteligentísimo moderador en ocasión de memorables estallidos (...) Pero las Conversaciones Católicas Internacionales dejaron de reunirse. Suscitaban demasiadas reacciones agresivas en medios perezosamente instalados en el conservadurismo ideológico". Arteche, J., *De Berceo a Carlos Santamaría*. San Sebastián, 1968, pp. 246-49.

² Entre las manifestaciones de tal índole que proliferan en la actualidad, sin duda una de las más destacadas por su levedad intelectual e intensa tendenciosidad es, sorprendentemente, la de una pluma muy acribiosa en su especialidad canónica, Mons. José M.^º Setién Alberro, en un artículo periodístico titulado: "Carlos Santamaría: Un intelectual y político inteligente y creyente". *Atejoka*, núm 15.

Nadie negará el encomiable esfuerzo por reanudar con vigor la tradición cultural del País Vasco, acometido al filo de los años cincuenta en su solar por diversos y beneméritos custodios de su fuego sagrado en los ámbitos de la prensa, la cátedra —de Instituto— o el archivo; a cargo muchas veces de ilustres sacerdotes y miembros de unas comunidades eclesíásticas pletóricas de efectivos humanos en un territorio aún huérfano de centros superiores de enseñanza, con excepción de los radicados en un Bilbao —en 1899 se crearía en la ciudad del Nervión una Escuela de Ingenieros Industriales (Sarrico)— otra vez trepidante de espíritu empresarial y embargado de afán proyectivo³. No obstante, la diáspora de la guerra civil había dañado hondamente las estructuras y mecanismos de la evolución cultural de Euskadi e imposibilitado por largo tiempo un desarrollo destacado en la mayor parte de sus manifestaciones más relevantes⁴.

³ En el ecuador exacto del siglo pasado, uno de los intelectuales vascos de mayor longitud temática y hondura analítica reclamaba con el mayor acento que entonces era permitido por una Universidad de la región. “Necesita (el pueblo vasco) una vida cultural superior, en la que poner el sello de su poderosa personalidad colectiva, lo mismo que lo ha puesto en la vida económica y en otros campos de la actividad social. Mientras Vasconia carezca de esa vida cultural de orden superior, o solamente la tenga —como ahora— embrionaria, el pueblo vasco será un pueblo manco, un pueblo de historia truncada, una Fenicia lluviosa que dejará incumplida buena parte de su destino histórico (...) La Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao, con todos sus méritos, es bien poca cosa como único centro de cultura superior del país (...) Verdad es que hay en Deusto dos llamadas Universidades, bajo la dirección de los jesuitas; pero no pueden conferir grados académicos, ni están tampoco preparadas para ejercer la irradiación científica que ha de exigirse a toda Universidad digna de tal nombre (...) ¿Universidad de Bilbao? ¿Universidad de San Sebastián? ¿Universidad de...? No es este el lugar de hablar de lo que todavía no existe. Me limitaré a consignar, por si acaso, que esta Vasconia particularista y policefálica no aceptaría de buen grado la concentración de toda la vida universitaria en una sola de sus ciudades, y menos en una de sus grandes ciudades”. Azaola, J.M., “Carta de las regiones: Vasconia”, *Arbor*, 69-70 (1951), pp. 125 y 130.

⁴ Del mayor interés son las consideraciones acerca de tan importante extremo que se encuentran a menudo en el muy instructivo en todos los aspectos *El cuaderno del constitucionalista* a cargo del director de *Cuadernos de Alzate*, revista vasca de la cultura y las ideas, el prestigioso constitucionalista guipuzcoano J. J. Solozábal. Así acerca del autor antecitado, J. de Arceche, escribirá: “José de Arceche (Azpeitia, 1906-San Sebastián, 1971) es una figura cardinal en la cultura vasca de la posguerra. Sin duda fue, en primer lugar, el aglutinante de la generación de 1950 (Azaola, Michelena, Caro, Santamaría) que llevó a cabo en las condiciones más ásperas una obra intelectual de gran alcance”. 44 (2011), p.171. Palabras y sentimientos muy loables, pero alejados de la exactitud. En todas las geografías —sobre todo, las hispanas— los escritores son muy dados a experimentar desvíos e ingraticudes, pues no en vano en tierras catalanas se les conoce como lletraferits. D. José de Arceche, contra lo que él mismo tendiera a creer en el último tramo de su noble y asendereada biografía, conoció el éxito literario nada más dejar las armas de combatiente tradicionalista. Así, en la ya muy prestigiosa editorial barcelonesa Herder —sucursal española de la mítica alemana— aparecería en 1942 la extensa etopeya —332 pp.— de su coterráneo “San Ignacio de Loyola”, “obra seria, bien documentada y llena de interés”, conforme al autorizado e influyente criterio de una de las bibliografías más acreditadas de la época. En plena producción tras el paréntesis bélico, en el bienio 1942-43, Espasa-Calpe acogía en su siempre prestigioso catálogo otros dos libros de Arceche. El primero, *Elcano* (227 pp.) y el segundo, *Urdaneta* (197 pp.), del que en la misma bibliografía antecitada se decía que “Arceche ha conseguido de esta obra, de excelente fondo religioso y patriótico, presentar una de nuestras más simpáticas figuras nacionales”; *et sic caetera* sobre otros muchos textos de idéntico tenor salidos de su infatigable pluma en la década de los cuarenta, hoy tan vilipendiada literaria y políticamente. Así, en 1942, salió de su pluma *Legazpi. Historia de la conquista de Filipinas*. Reeditada en 1972 por la Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S.A., San Sebastián, 1972. “S.G. de Ediciones y Publicaciones agradece al Dr. Tellechea Idigoras, a cuya iniciativa se debe esta segunda edición, el haberla enriquecido con sus “Añadidos” finales”. “He impulsado activamente la reedición del *Legazpi*, el gran hijo de Zumárraga. Se me piden algunas notas complementarias. No. El *Legazpi* se reedita intacto, como salió de la pluma del autor”, p. 284. En la de los cincuenta prosiguió su fresco vasco y tradicional. En la editorial jesuítica zaragozana Hechos y Dichos (1951, p. 229) dio a la estampa *San Francisco Javier*, con fuerte eco en las publicaciones de información general de la Compañía. Un año antes de su fallecimiento vería casi íntegramente publicada la que podría pasar por el mejor o, sin duda, uno de los más importantes diarios-crónicas del conflicto, de lectura tan terebrante como deslumbradora: *El abrazo de los muertos*. Madrid, edición completa, 2008.

Rendido con viva simpatía e incondicional admiración el debido tributo al quehacer vasco en las Conversaciones, ha de afirmarse a renglón seguido que éstas se pusieron en pie merced, en amplia medida, a la ACNP, artífice y valedora en considerable proporción de su fundación y maquinaria organizadora; protagonismo poco recordado ulteriormente, debido tanto a la despreocupación de la institución herreriana como a la actitud contraria manifestada —y con peralte— por las esferas peneuvistas, de incoercibles tendencias imperialistas, conforme a la invariable pauta de todas las fuerzas del mismo signo, como asimismo, más modernamente, por la *intelligentzia* del socialismo vasco. Ya en 1935, en el que, merced al patrocinio que no a la iniciativa del ortodoxamente integrista prelado vitorriense D. Mateo Múgica Urrestarazu, se fletaron dichas Conversaciones en la estela de la tarea intelectual desplegada en los estíos acenepistas santanderinos del Colegio Cántabro y el Seminario diocesano de Monte Corbán, la participación de la Asociación fue crucial.

Tres acenepistas, los presidentes a la sazón de las Juntas de Acción Católica de las provincias vascas, llevaron todo el peso de la organización, de modo singular, José A. Lizasoain, que estaba al frente de la de Guipúzcoa. “Con el fin de establecer lazos de unión y colaboración entre intelectuales católicos de distintos países y con el deseo de colaborar a la formación de centros de alta cultura católica, preparamos la organización de los Cursos Internacionales de Verano que (D. M.) se inaugurarán este año en San Sebastián (...) Nuestro propósito es contribuir a esta obra de restauración de la conciencia católica. Aprovechando la ventaja de nuestra situación fronteriza, podemos ofrecer a las juventudes intelectuales y a los más destacados profesores católicos de Europa ocasión propicia a una mutua comunicación de ideas, intercambio de puntos de vista, contraste de tesis y doctrinas, particularmente útiles y adecuadas a la amplitud del principio cristiano, católico y universal. Y al mismo tiempo queremos ofrecer a la juventud de nuestro País el ejemplo aleccionador de grupos selectos de la intelectualidad católica que en medio del paganismo ambiente tan activamente cooperan a la cristianización de la vida colectiva, deduciendo con tal fin de las doctrinas eternas de nuestro catolicismo fundamental los principios que han de resolver los arduos problemas que se suscitan en la inquietud y en la angustia de los tiempos actuales”⁵.

⁵ “También en este año (1935) el Centro de San Sebastián organizó, cooperando con la Junta Central de Acción Católica, nuevo curso de verano en la capital donostiarra, para establecer nexos de unión y consolidar las relaciones entre los intelectuales católicos de distintos países, iniciativa que en la década de los cuarenta proseguiría con las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián” Gutiérrez García, J. L., *Historia de la Asociación Católica de Propagandistas. II. Ángel Herrera Oria. Segundo periodo (1923-1935)*. Madrid, 2010, p. 481 En el tercer volumen de la misma Historia, su autora —C. Barreiro Gordillo— se extiende algo más en la reconstrucción de los inicios: “La idea de organizar unas conversaciones en las que todos los católicos pudieran intercambiar puntos de vista respecto a las inquietudes de la Iglesia nació en 1934 y encuentra un precedente inmediato en el Curso Internacional de verano que se celebró en San Sebastián en 1935. El Centro de San Sebastián, por su posición geográfica, parecía indicado para acometer una tarea de tipo internacional: la misión de convertirse en “ventana” por la cual la ACNDP mirase un poco hacia Europa. Esta idea —imprecisa en un primer momento— la recoge Antonio Llobart, antiguo Secretario del Centro y Consejero de la Asociación. Llobart trabajó en ella y su resultado fue el Curso Internacional Católico de 1935”. *Historia de la...III*.

Los resultados obtenidos durante el mes en que transcurrió este primer encuentro —aún no denominado Conversaciones Católicas de San Sebastián— despertaron las esperanzas más sólidas para su prosecución⁶. Todo estaba bien preparado en la convulsa España del Frente Popular para afianzar su camino, con equipos, temas y... alumnos, todos extraídos de la misma cantera acenepista, cuyos dirigentes no dudaron, pasado el tiempo, en vindicar el absoluto protagonismo en la organización de las fallidas segundas jornadas del acontecimiento⁷.

Los hados dictaron otra cosa bien distinta, cuando en el inicio del otoño de 1936 —14 de octubre— el buen obispo Múgica fue extrañado *manu militari* de su diócesis y de España⁸. No obstante, según testimonios irrecusables, el rescoldo de su recuerdo se mantuvo vivo en el seno de la Asociación. Un decenio más tarde, el citado acenepista José A. Lizasoain, en unión de su compañero el matemático y topólogo C. Santamaría Ansa —notorio militante de la Juventud Católica en los días de la Segunda República, propagandista desde 1944 y consejero regional a partir del año siguiente así como Secretario del Centro donostiarra— removió todo lo mucho que había de remover para que la aventura interrumpida al estallar la contienda civil volviera a acometerse, auspiciada de nuevo con fuerza por el prelado vitoricense Carmelo

La presidencia de Fernando Martín-Sánchez Juliá (1935-1953). Madrid, 2010, p. 238. De su lado, la *Revista de Estudios Hispánicos* daría cumplido resumen de uno de los ciclos de conferencias más exitosos impartidos en estas primeras Conversaciones: "Francisco de Vitoria y el Derecho Internacional", a cargo del profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, Ramón Riaza. Núm 9 (1935) pp. 341-50.

⁶ En setiembre de 1937 y en la misma San Sebastián y firmado por un donostiarra de pedigrí impecable, D. Juan Zaragüeta, está firmado el prólogo de su obra *El cristianismo como doctrina de vida y como vida* —aparecida, sin embargo, en Madrid en 1944—, y en él se escribía: "El estudio que hoy ve la luz pública fue planeado con ocasión de las "Conversaciones internacionales católicas" convocadas en la ciudad de San Sebastián a principios de agosto de 1936, con el propósito de estudiar la gravísima crisis mundial a la luz de los principios cristianos. Honrado el autor con la ponencia del primero de los temas propuestos por la Comisión organizadora acerca de "La novedad del pensamiento cristiano ante el mundo actual", se disponía a redactarla pocos días antes de la fecha señalada para la Asamblea, cuando surgió el Movimiento Nacional contra el desastroso estado de cosas a la sazón reinante en España", p. 13. El Archivo Gomá contiene una carta dirigida al primado el 3 de marzo de 1937, remitiéndole el esbozo de un manifiesto de intelectuales redactado por él "para contrarrestar campañas de prensa contra el Movimiento Nacional en el extranjero", que en su primera redacción concluía así: "Pero aprovechen todos la dura lección, aprendan las naciones del caso de España si quieren preservarse a tiempo de los horrores que han convertido nuestro suelo en escenario donde toda violencia y toda maldad tiene su asiento. Entretanto, recobrado en la angustiada prueba el sentido de su existencia histórica y conducida por la serena energía de su Caudillo, España se concentra en un examen de conciencia que no sea un estéril recuento de responsabilidades pretéritas sino una viril entonación de todas sus energías nacionales frente al porvenir: sedante de odios, fuente de ideales, depuración de sentimientos y estímulo de voluntades, al conjuro de la misión providencialmente asignada a nuestro pueblo en la actual hora dramática de la vida de la humanidad". "4 marzo de 1937", p. 116.

⁷ *Vid.* más adelante, nota 40, con el testimonio al respecto de A. Martín Artajo.

⁸ Como es sabido, el 26 de setiembre le fue conminada su expatriación por los miembros de la Junta de Defensa de Burgos, aunque su salida real de España se efectuó el día indicado en el texto. Acerca de ello es muy ilustrativo uno de los valiosos apéndices del libro ya citado de Rodríguez de Coro, F., *Colonización política del catolicismo. La experiencia española de Posguerra (1941-1945)*, San Sebastián, 1979, pp. 532 y ss. Leídas con detenimiento, acrecentarán la lectura de la correspondencia entre el primado Gomá y D. Mateo en el terrible otoño de 1936. *Archivo Gomá. Documentos de la guerra civil* (Eds. Andrés Gallego, J.; Pazos, A. M.). 1. *Julio-Diciembre, 1936*. Madrid, 2001, en particular, pp. 104-18, 125-8, 143-5, 153-4, 180-1, 190-1, 196, 201-3 y 229. La incardinación romana a todos los efectos —incluso, bibliográficos— justifica el somero y sumario juicio de Mons. V. Cárcel Ortí acerca de la adscripción ideológica así como del talante con el que cerca de una década dirigiera M. Múgica el seminario vitoricense. Cf. *Actas de las Conferencias de Metropolitanos españoles (1921-1965)*. Edición preparada por... Madrid, 1994, p. 77.

Ballester Nieto, el único designado por el régimen franquista durante la contienda civil y personaje de inclinaciones intelectuales acusadas⁹. Conforme mantuviese C. Santamaría en la Asamblea General del Secretariado Mariano de la ACNdp celebrada en Loyola, al modo consuetudinario, en setiembre de 1947, vísperas de la inauguración de las Conversaciones, la hora parecía propicia. Aunque desmentida apenas impresa la afirmación de los organizadores de que el restablecimiento de la paz en Europa respaldaba en 1947 la oportunidad de tal continuidad —como se sabe, en el mismo mayo de aquel año se produjo realmente el inicio de la guerra fría, tras el fracaso de la conferencia internacional de ministros de Asuntos Exteriores de la primavera de 1947, celebrada en Moscú, y la salida de los comunistas franceses del gobierno tripartito—, la situación española con la celebración del Referéndum de junio —firme y crucial jalón en la “larga marcha hacia la monarquía”— semejava confirmar los optimistas augurios antedichos¹⁰.

Renacidas, contra toda esperanza, la idea y la conciencia europeas de las cenizas de una contienda verdaderamente apocalíptica, la incorporación española al nuevo capítulo de la historia del Viejo Continente proyectado escribir, en libertad y tolerancia, por sus más animosos y clarividentes espíritus, latía con fuerza en el programa fundacional de las Conversaciones, para cuyos organizadores no existía ningún otro contexto ni horizonte. Con adelanto de los tiempos, en la imaginación de éstos la panacea universal e infalible de cualesquiera problemas nacionales y foráneos radicaba en la fórmula: Más

⁹ A punto de ser consagrado arzobispo de Santiago, Mons. Ballester fallecía en Vitoria, suscitando su tránsito el siguiente comentario del director de Documentos, justamente en la salida de su primer número y en su página inicial: “Debemos a Mons. la reanudación de nuestras actividades de septiembre de 1947 y la convocatoria de nuevas reuniones bajo el signo de la calidad y del amor entre los cristianos. Él mismo nos ha mostrado el camino que debemos seguir y esperamos que, desde lo alto del cielo, bendiga nuestros futuros trabajos por la unión de los católicos europeos”. “Muchos pensaron —escribe uno de sus más estrechos colaboradores respecto a la controvertida partición de la sede vitoriana casi un siglo después de su erección en 1861— que se trataba de romper la gran diócesis vitoriana para dar un golpe al Partido Nacionalista Vasco (PNV) (...) Llovieron sobre D. Carmelo invectivas durísimas. Era un hombre delicado, de carácter bondadoso. El chaparrón de contradicciones le afectó tanto que cayó gravemente enfermo. No resistió la prueba y murió el 31 de enero de 1949, de un cáncer galopante. No pudo tomar posesión del arzobispado jacobeo”. Cirarda, J. M.^a, *Recuerdos y memorias (De mi ayer a nuestro hoy)*. Madrid, 2011, p. 52. En el final de su intervención, José Pemarín, el autor de *Qué es “Lo Nuevo...”* y crítico acerbo en su día de Herrera y los “propagandistas”, brindaba, de modo significativo, por el porvenir de las Conversaciones, realizando aún más intencionadamente el protagonismo episcopal: “*De là, cette responsabilité si accrue des catholiques à l’égard de la diffusion de notre doctrine. Et l’utilité, voir la nécessité, de ces “Conversations” catholiques internationales, dues à la si heureuse initiative de Monseigneur Ballester, l’évêque de Vitoria, vers la bonne réussite des quelles doivent converger nos efforts les plus dévoués*” (p. 23). Un retrato completamente *au noir* del obispo Ballester y su estadía vitoriana es el trazado por la pluma más ácida del siempre bienhumorado J. M.^a Javierre, acaso llevado, más que de una reiteradamente proclamada rebusca documental pero siempre aplazada, de la anti-patía que su biografiado suscitara en el prelado murciano: *La aventura de ser hoy sacerdote. Biografía de Rufino Aldabalde*. Bilbao, 1997, p. 545 y ss.

¹⁰ “Las Conversaciones de San Sebastián quisiéramos que llegasen a ser como un pequeño puerto del pensamiento en el que los pensadores católicos de todo el mundo —bajeles espirituales cargados de ricas mercaderías— viniesen a realizar su elevadísimo comercio de ideas: a conversar, que es el comercio de las almas, y a discutir, si preciso fuese, para ajustar mutuamente sus personales perspectivas y acordar también su propia ideología con las enseñanzas y el sentir del Papa y de la Iglesia. Y es bueno que este movimiento de ideas se practique entre católicos —hombres a quienes la Verdad hace libres en grado máximo— para estímulo de todos los hombres de buena voluntad. Debemos reafirmarnos, pues, en nuestro propósito inicial y expresarlo de nuevo con las mismas palabras que en 1935”. *Documentos*, 1 (1949), pp. 2-3. Generalmente bien documentado, W. J. Callahan adolece de cierta confusión cronológica y temática en su descripción de las Conversaciones donostiaras así como de las de Gredos: *La Iglesia católica en España (1875-2002)*. Barcelona, 2002, pp.383-4.

Europa... En el pontificado quizá más “europeísta” del siglo XX y en una empresa en la que el factor religioso y el peso de la Iglesia habrían de ser cruciales, un catolicismo musculado y tonificado con los aires de las democracias del Viejo Continente constituiría, a su vez, la mejor aportación española¹¹. Entendiéndolo así, las mayores energías de los sectores moderados confesionales casi vincularon su desiderátum con la empresa donostiarra, que, debido en gran parte a ello, tuvo un rápido y eficaz rodaje, y conocería sus horas más radiantes. La intuición por los organizadores del evento guipúzcoano de la tesitura genesiaca vivida en los meses precedentes al célebre Congreso de La Haya —mayo de 1948— y a la Declaración parisina —diciembre del mismo año— explican la participación de intelectuales católicos de la práctica totalidad de los países europeos en su edición inaugural y aún en la segunda, cuando, tras el golpe de Praga y el bloqueo de Berlín, se delimitaron definitivamente los bandos de la guerra fría¹².

Por lo demás, en la España del momento únicamente bajo el pabellón y aval de una institución de la índole de la ACNP era, en realidad, posible la botadura de una empresa de tal envergadura¹³. Acorde con la autonomía y

¹¹ Desde una óptica que no sería —al menos por entero— la suya, la muy interesante —¿debióse a ello su corta existencia?— revista *Finisterre* acertó a calar en el *primum movens* de las Conversaciones: “Ha preocupado desde un principio a los merítimos organizadores de las “Conversaciones católicas internacionales”, que se han reunido por tercera vez durante el pasado mes de septiembre, las profundas diferencias ideológicas que separan a los católicos españoles del resto de los europeos occidentales afectos a la Iglesia (...) Un estudio ordenado, metódico y sistemático de los diferentes idearios que animan hoy a los católicos del mundo parecería, por tanto, el primer paso a que deberían tender unas conversaciones como las de San Sebastián para lograr después la fecundidad espléndida que merecen (...) Donde habría que plantear el tema de las discusiones es en ese terreno intermedio constituido por los idearios, no tan abstracto, que impida la diversidad de opiniones, y no tan concreto que impida la unidad de los pareceres. Descubrir las líneas principales de las tendencias que hoy mueven a los católicos del mundo sería iniciar un proceso de catarsis intelectual, que descubriría los móviles de muchas actitudes prácticas y contribuiría a crear un clima de sinceridad y de respeto mutuos, que podría ser ejemplar en el mundo atropellado de nuestros días”. Octubre, 1948, pp. 181-2. La “autocrítica católica” que echaba a andar cuando se escribía la precedente reflexión —y en parte apuntada en ella— recorrió algunos caminos de las Conversaciones: “La altura intelectual de los participantes hizo que de San Sebastián partieran muchas veces las ideas y los problemas que diarios y revistas se encargaban luego de difundir entre el gran público”. Román Fuentes, J. M.³, *La autocrítica religiosa en el catolicismo español contemporáneo*. Madrid, 1968, p. 11.

¹² R. Sanz de Diego observa bien que sólo a partir de ese momento se decidió Pío XII a dar el *placet* al Decreto de 1 de julio de 1949 por el que el Santo Oficio condenaba la participación de los fieles en las organizaciones comunistas. “La excomunión a los comunistas hace 50 años”. *XX Siglos*, 41 (1999), pp. 34-44. Vid. también Cuenca Toribio, J. M., *Evolución sociopolítica del siglo XX. Una introducción*. Córdoba, 2012.

¹³ Al término ya de las Conversaciones de 1947, el presidente de la Asociación, Fernando Martín-Sánchez Juliá, escribió al notorio acenepista murciano Ernesto La Orden: “Los organizadores fueron los propagandistas de San Sebastián, aunque sin ostentar al exterior este nombre”. *Apud* Barreiro Gordillo, C., *Historia de la Asociación Católica de Propagandistas. III. La presidencia de Fernando Martín-Sánchez Juliá (1935-1953)*. Madrid, 2010, p. 238. “Cabe a la Asociación la satisfacción de haber contribuido a la creación de estas asambleas, cuyo trascendental fruto se va logrando, y en las que constantemente vienen trabajando gran número de propagandistas”. *Boletín de ACN de P*, 414, (1-IX-1948). “(...) señalaremos la intervención activísima que el Centro (de la Asociación) de la bella ciudad donostiarra tiene en la organización periódica de estas Conversaciones, cada día más prestigiosas y conocidas en los medios católicos europeos (...) El Centro de San Sebastián se ha consagrado a esta interesantísima tarea bajo el patronato del excelentísimo señor Obispo diocesano, y merece todo nuestro apoyo y el interés de los católicos españoles”. *Ibid.*, 426, (1-I-1949). “No son (las Conversaciones) obra exclusiva de nuestra Asociación, pero sí son en su mayoría y en parte muy principal los propagandistas quienes han iniciado estas interesantes reuniones y quienes las organizan año tras año en la ciudad donostiarra. Es tal la pujanza que las Conversaciones Católicas van adquiriendo y la importancia que nosotros las concedemos, que queremos destacar en la Memoria de nuestra Asociación como hecho de altura el que la A.C.N. de P. labora eficazmente no sólo en los preparativos, sino en los detalles y deliberaciones”. *Ibid.*, 441 (1-IX-1949).

relativa descentralización que distinguiese a la Asociación en su época dorada y con unos medios y energías que nunca fueron muchos ni siquiera en tal periodo¹⁴, la materialización real de la sugestiva iniciativa, así como acaso también su inspiración inicial, fueron obra casi de principio a fin de la conspicua y atrayente personalidad del ya mencionado matemático Carlos Santamaría (San Sebastián, 25-XII-1909 -*Ibid.* 30-XII-1997), hombre en verdad renacentista, dotado de múltiples saberes y dones, comprometido a fondo con los destinos de su tierra natal y, dentro de coordenadas burguesas, de remecida biografía política¹⁵. En los trabajos y los días, es decir, en el quehacer diario y la marcha general de las Conversaciones, la intervención de los cuadros propagandistas fue escasa, semejando haber delegado casi por entero el protagonismo y responsabilidad en el minoritario círculo intelectual —no sólo vasco—

¹⁴ El boletín de la Asociación de 1-X-1947 noticiaba así el natalicio del acontecimiento, "(...) en cuya organización ha tenido un papel primordial el Centro de San Sebastián. Esta iniciativa nació en el Centro de San Sebastián en 1934, y fruto de una larga labor de preparación han sido las Conversaciones que ahora se han celebrado con gran éxito (...) La A. C. N. de P. ha tenido un gran empeño en impulsar esta empresa, cuya finalidad es el intercambio de ideas con católicos extranjeros y la colaboración en orden a la propaganda y al apostolado. El Presidente de la Asociación ha venido estimulando constantemente al Centro de San Sebastián para que no abandonara esta obra, de primordial importancia (...) Los trabajos comenzaron el mes de marzo último, y pronto pudo comprobar el Comité que, aunque las dificultades eran grandes, cabía la posibilidad de realizar inmediatamente (...) Los propagandistas han querido actuar, conforme a su tradición, poniendo la obra enteramente en manos del Prelado diocesano (...) En el curso de las Conversaciones han tenido inteligentes intervenciones los propagandistas don Joaquín Ruiz Giménez y don Antonio Lombart (...) tomó la palabra, en representación de los españoles, el Presidente de la Asociación, don Fernando Martín-Sánchez, quien, en elocuente discurso en español, francés e italiano, después de recoger brevemente los elogios prodigados por los representantes de otros países, se refirió a las Conversaciones, enunciando las condiciones en que esta obra pueda llegar a ser fecunda y útil para la Iglesia (...) Esta y otras intervenciones interesaron excepcionalmente a algunos representantes extranjeros, y algunos de los más calificados ha llegado a decir, en carta dirigida al secretario general, que lo más interesante para él en estas conversaciones ha sido descubrir la Asociación Nacional de Propagandistas y entrar en contacto con ella (...) La experiencia recogida este año será objeto de estudio durante el curso que comienza en el centro de San Sebastián y justamente con otros trabajos de carácter social (...) constituirá la labor principal de los propagandistas guipuzcoanos". Siempre preciso, quizá F. Montero exagera un punto la presencia de las Conversaciones en la vida de la Asociación. "El *Boletín de la ACNP* le dedica bastante atención. Las considera como obra propia, organizada por su centro de San Sebastián y en concreto por Carlos Santamaría, e incluye amplios extractos de conferencias, los programas y las crónicas de las conversaciones anuales. En la misma dirección estarían los numerosos informes sobre los catolicismos europeos que se publican en las páginas del Boletín, a partir generalmente de conferencias de invitados extranjeros en el Círculo de Estudios de Madrid". "Los intelectuales católicos, del colaboracionismo al antifranquismo, 1951-1969". p. 52.

¹⁵ Como casi siempre, la obsesión por su ego le impide a F. Silva Muñoz reparar en el alcance de esta actividad inspirada e impulsada en buena medida por los hombres de la "Santa Casa": "Acudí por primera vez a las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián que dirigía Carlos Santamaría Ansa. Era una organización montada para abrir balcones a España en la época del bloqueo (sic). Allí conocí gente muy diversa y de muy diferente calidad". *Memorias políticas*. Barcelona, 1993, p. 43. Sin embargo, pocas páginas adelante, proporcionaba, en passant, un dato biográfico del mayor interés sobre C. Santamaría: "(...) era inspector del timbre (F. Guijarro Arribabalaga, tercer Presidente Nacional de la ACNdp), había residido en San Sebastián, donde conoció a Carlos Santamaría Ansa, secretario general de los propagandistas de la capital donostiarra (...) De la mano de Santamaría ingresó en la A.C.N.deP." p. 47. Curiosa, pero, con alguna probabilidad, no del todo desbarradamente, el "Colectivo 36", que portica muy hondamente la obra de Sáez Alba, A. (pseudónimo), "La otra casa Nostra". La Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el caso de "El Correo de Andalucía". París, 1974, p. L., atribuye la reanudación de las Conversaciones y la publicación de *Documentos* a la decisión directa de A. Herrera tras su viaje a Italia a finales de 1945 y sus estrechos contactos con los altas esferas políticas y eclesiásticas de la Ciudad Eterna. "Las Conversaciones católicas internacionales" fueron el resultado de las gestiones de Herrera; se celebraron a partir de finales de la década de 1940, y editaron la revista *Documentos*; introdujeron así en España la ideología católica europea de los años de la "guerra fría". Empero, la opinión del mejor conocedor de la biografía intelectual de Herrera se distancia de la anterior: "Prescindiendo de alguna empresa cultural tan valiosa como las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, animadas por un propagandista, Carlos Santamaría, porque en ella no estuvo presente Herrera como en las tres examinadas...". García Escudero, J. M^a, *De periodista a Cardenal*. Vida de Angel Herrera. Madrid, 1998, p. 263.

abanderado por Santamaría¹⁶. Él secretariaba la Junta Permanente, a la que servía como principal elemento de enlace con la Junta Patrocinadora, integrada por prelados y presidida, a partir de 1952, por J. Yanguas Messía, marqués de Aycinena, antiguo ministro de Asuntos Exteriores durante la primera dictadura y primer embajador ante el Vaticano de la segunda¹⁷.

De esta forma, en la fecunda travesía pilotada *de facto* —*de iure* era la Junta Patrocinadora— por el que fuese muy destacado miembro de la ACNP, el sector más efectivo del equipo dirigente estuvo integrado por seglares, dato no únicamente llamativo en el lugar y el tiempo, sino también precursor de un concilio que semejara en ocasiones genial o visionariamente atalayado —y no de modo infrecuente— en el transcurso del evento donos-

¹⁶ Inscrito como socio de la ACNP. en 1929, aspirante el 7-XII-1940 y numerario el 24-V-1944; imposición de insignia y promesa, 24-VI-1944; socio numerario activo, 15-III-1958; socio activo, 24-VI-1973. *Archivo de la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos*. En la sobrecubierta de su extenso opúsculo —transcripción de una conferencia en el Colegio Mayor San Pablo del CEU (Madrid, s. a., en realidad, 1956) se lee, escrita sin duda por él mismo, esta semblanza: “Carlos Santamaría es un cuajado valor intelectual del catolicismo español (...) Su inquieto pensamiento, enriquecido por frecuentes contactos internacionales, se pone, con frecuencia, de manifiesto en sugestivos artículos y conferencias, de gran agilidad y elegancia expresiva. Temas de su predilección son los que giran en torno a la filosofía política y a la doctrina social de la Iglesia...”. Y en la extensa contraportada de un libro posterior —y magnífico— de Santamaría —*La Iglesia hace política*, Madrid, 1974— se afirmará: “Carlos Santamaría fue en los años 50 y 60 el director y principal animador de las Conversaciones católicas internacionales de San Sebastián que tanto juego dieron en aquellos años preconciarios. La actualidad de los temas que entonces se trataron en las mismas muestra su vitalidad y el poder de profética anticipación que en ellas se encerraba”. Probablemente la más matizada y perspicaz visión de las conversaciones y su héroe se deba a uno de sus participantes, Gomis, L., *Una temporada en la tierra 80 años de memoria (9124-2004)*. Barcelona, 2004., pp. 181-82. “Coincidió por entonces con Carlos Santamaría, intelectual importante y organizador en aquellos años, como Secretario de Pax Christi, de unas jornadas internacionales en las que participaron teólogos e intelectuales cristianos extranjeros cuyos puntos de vista se contraponían bastante de sus colegas españoles. Los debates de Pax Christi representaron en el mundo eclesástico un aldabonazo que, al tiempo que aportaba nuevas ideas, venía a demostrar cómo en el país vasco nunca dejó de existir una corriente progresista entre los católicos. Carlos Santamaría, que después fue consejero de Educación en el primer gobierno vasco, desde su vinculación al PNV era hombre muy bien informado gracias a sus amplias relaciones”. Múgica Herzog, E., *Itinerario hacia la libertad*. Barcelona, 1986, p. 45.

¹⁷ Aunque la cita sea de extensión desmesurada —y, al igual que la anterior de Múgica, no muy acribiosa cronológicamente— se perdonará por lo sustanciosa: “Podía ser, a la vez, extraordinariamente afable e insoportablemente irritante. Tenía los nervios a flor de piel (...) Junto a él trabajé en las Conversaciones Católicas Internacionales, sin duda el mayor esfuerzo que se hizo en España para renovar el pensamiento religioso, o que se hizo desde España para preparar la renovación religiosa del Concilio Vaticano II. O en proyectos democráticos y pacifistas como los que él aglutinó en el movimiento Pax Christi (...) tenía proyectos muy concretos, aunque no siempre tuviera la constancia necesaria para mantenerlos (...) celebradas en San Sebastián durante los años cincuenta, fueron —más aún que *El Ciervo* en Barcelona o que Aranguren y las reuniones de Gredos— la principal muestra, en esa época, de la renovación en España del pensamiento cristiano (...) abrieron una ventana a la renovación del pensamiento religioso que estaba lugar durante los años cincuenta (...) tuvieron que mantenerse en una línea de prudencia todavía mayor. Debían de recibir protección y tolerancia de Martín Artajo, que había sido ministro de Franco y además de un Vaticano, donde Monseñor Ottaviani, prefecto del Santo Oficio, y miembro de la línea dura, imponía una libertad vigilada (...) Carlos Santamaría fue siempre un político (...) Mucho menos como miembro de un partido y, desde luego, nunca como militante, término que sin duda le provocaría cierto recelo. Incluso desde los compromisos públicos que asumió yo me lo figuro como interlocutor difícil, amigo de la composición de intereses pero no de las componendas (...) Por causa del recuerdo entrañable que guardo de él no me ha gustado el tono de ciertos homenajes que le han hecho en los últimos años de su vida. Demasiada apropiación de su figura por el nacionalismo cuando, no ya su figura, sino su persona era inapropiable” Recalde, J.R., *Fe de Vida*. Barcelona, 2004, pp. 70-75. Un año antes, otro donostiarrá, publicaba la última versión de sus memorias, en las que echaba su cuarto a espadas en la paternidad de las Conversaciones. “Su verdadero y único artífice fue don Carlos Santamaría”. Tellechea Idigoras, J. I., *Tapices de la memoria. Historia clínica 279.952*. Salamanca, 2003, p. 191. Su estrecho compañero de estudios, profesorado y sacerdocio J. M.ª Setién rinde también tributo al *genius loci*: “(...) el inspirador, el promotor y el ejecutor, con toda la complejidad que la obra llevaba consigo”. “Carlos Santamaría: Un intelectual...” Sobre el último extremo, vid. Cuenca Toribio, J.M., *De Andalucía*. Córdoba, 2010.

tiarra. No obstante lo antedicho, resulta llamativa el escaso relieve que casi desde el primer instante presentaron a menudo el nombre y la participación de la asociación herreriana en la relativamente voluminosa —y creciente— literatura suscitada por las Conversaciones Católicas de San Sebastián, incluso dentro del marco publicístico de aquélla, más allá, claro es, de las reseñas estivales de su transcurso en los diarios de la cadena de los demócratas cristianos y en los órganos periodísticos de la Iglesia institucional, como *Ecclesia*, entusiasta seguidora del evento donostiarra, al igual que las principales revistas religiosas del momento, como *Signo* —aparecida en la primavera de 1936—, *Incunable* o *El Ciervo*¹⁸. Una comprensión más global y satisfactoria habría quizá que buscarla en las entrañas acenepistas y en la regulación, mecanismo y cánones de la cultura española novecentista, conforme al enfadoso *ritornello* de estas páginas. Semeja así ratificarlo la postura mantenida por el medio periodístico seglar más incondicional de las Conversaciones, la revista demócratacristiana *Criterio*, sobre cuyo carácter y trayectoria se hablaba en un capítulo anterior.

Producto las Conversaciones del acuerdo de mínimos entre una elite vanguardista, al tiempo que con sólidas credenciales de tradicionalismo, y las esferas más avanzadas del *establishment* regional, su misma precariedad alentó virtualidades hasta entonces desconocidas en la España de la posguerra¹⁹. El escenario —el salón de plenos de la Diputación Provincial—; la presidencia indefectible del Ordinario de la flamante diócesis, Jaime Font y Andreu (1950-1963) —las tres primeras sesiones, 1947-1949, tuvieron un presidente de honor: el “Excmo. y Rdm. Señor obispo de Vitoria”, esto es, Mons. Carmelo Balles-

¹⁸ La botadura de las Conversaciones fue entusiásticamente registrada por *Ecclesia*. A pie de obra, el día que acababan informó: “El pasado lunes, día 8, comenzaron en San Sebastián las Conversaciones Católicas Internacionales, a las que asisten cerca de medio centenar de personalidades, representando a 18 naciones (...) A lo largo de la semana han continuado las sesiones, de las que daremos un resumen global en nuestro número próximo”. 13-IX-1947, p. 17. “Los conversadores se han consagrado a su labor con sincero afán de superación. Era verdaderamente ejemplar ver cómo han trabajado durante estos días para llevar a la realidad aquel sueño de Cristo de la unidad entre los hombres: *Ut sint unum* (...) y los conversadores han salido con el firme propósito de difundirla (la caridad cristiana), con medios prácticos por el mundo entero, para que el amor entre los cristianos sea el fermento que transforme este mundo en plena descomposición de cuerpos y de almas”. *Ecclesia*, 20-IX-1947, p. 13; y en el siguiente número, cuya contraportada se dedicaba a la ilustración gráfica de diferentes episodios de las Conversaciones, se incluían las “Conclusiones aprobadas en las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián”. Pp. 16-7. El 1-XII-1947, el *Boletín de la Asociación*, nº.402, no le iba a la zaga.

¹⁹ En la entradilla de la reproducción de los pasajes más significativos de un artículo del director —Mr. D. Woodruff— del semanario católico inglés *The Tablet*, se ponderaba la utilidad de “las reuniones” para aventar prejuicios y reforzar lazos entre los católicos. Al año siguiente, era casi una página completa del Boletín del 1-X-1948, la que se consagraba a “LAS CONVERSACIONES CATÓLICAS INTERNACIONALES. Informe de don Carlos Santamaría”. Presentado éste un día antes de la celebración de las III Conversaciones, decía su director: “Este año (...) vamos a estudiar un tema difícil. Se ha criticado un poco a las Conversaciones de San Sebastián por estimarse que se rehuían en ellas los temas difíciles. Pues bien, este año nos hemos pasado al extremo opuesto y hemos elegido un tema, que estamos decididos a afrontar con plena sinceridad y un afán de lograr una aproximación auténtica y eficaz (...) Hemos procurado, además, que haya gente que, dentro del campo católico, represente todas las tendencias (Grandes aplausos)”. Extrañamente, uno de los más agudos seguidores de la pujante vida intelectual de las postrimerías de los cuarenta, el joven bilbaíno José Luis Pinillos, sería, en una revista como *Arbor*, muy parco en la bienvenida: “San Sebastián alojó a los participantes en las Conversaciones Católicas Internacionales 1948, en las cuales pensadores de diversos países continuaron la labor emprendida el año anterior”. 33-34 (1949), p. 149.

ter—; la concurrencia del obispo de Ciudad Rodrigo (1945-8) Máximo Yurramendi Alcain —antiguo profesor de la Escuela de Periodismo de la ACNP y su Consiliario General— en los dos últimos años de su existencia, y la asidua, hasta su muerte, del célebre y popular obispo de Córdoba, el dominico Fr. Albino González y Menéndez Reigada (1881-1956), la del también famoso Ordinario de la sede calagurritana Mons. Fidel García Martínez (1927-53, por renuncia), la de José María Bueno Monreal —obispo vitoricense entre setiembre de 1950 y su rocambolesca partida para Sevilla cuatro años más tarde— y de otras autoridades eclesiásticas —nuncio incluido: las de 1950 se inauguraron con una conferencia de Mons Gaetano Cicognani, a cuyo cargo correspondió también la salutación inaugural en las tres precedentes y las dos ulteriores—. Y, finalmente, las aparatosas recepciones oficiales que los jerarcas democristianos del régimen, a la manera del propio ministro de Asuntos Exteriores A. Martín Artajo (1945-57), muy deseoso de su éxito, hacían en su “jornada” donostiarra a los inscritos —oficialmente, nunca más de 70; en la práctica, algunos más— en las Conversaciones, constituían un símbolo elocuente de este frágil consenso, al amparar con pabellón oficial unas Conversaciones que, por lo común, discurrían por cauces extramuros de la ortodoxia política y religiosa, con gran escándalo de poderosos sectores reaccionarios, fuera y dentro del País Vasco y tanto en Madrid como en Roma²⁰. El cualificado cuadro de ponentes revelaba también esa difícil alianza —componenda, muchas veces—, con sacerdotes de intachable pedigrí nacional-católico, pero abiertos al signo de los tiempos, y otros aferrados a una época que se iba para siempre, entremezclados ambos círculos con el formado por unos laicos de resuelta apuesta por el futuro y otros más —los menos— timoratos²¹.

²⁰ Habida cuenta los patrones nacionales, suscita escasa sorpresa que, no obstante el número muy estimable de estudios y trabajos acerca de la historia interna —sin gran error, podría decirse lo mismo de la externa— de la Asociación, no dispongamos aún de una historia medianamente pormenorizada de al menos sus principales avatares. “Antes de la guerra, Maritain, para hablar en España, iba a la universidad digamos “laica” de Santander. Hoy, sus discípulos acuden cada año a San Sebastián, invitados por la Asociación Nacional de Propagandistas”. López Aranguren, J. L., *Contralectura del catolicismo*. Barcelona, 1978, p. 25. Algunas escuetas noticias sobre el desarrollo específico de ciertas sesiones de las Conversaciones en Martín Puerta, A., *Historia de la Asociación Católica de Propagandistas (1953-1965). Las presidencias de Francisco Guijarro Arrizabalaga (1953-1959) y de Alberto Martín-Artajo Álvarez (1959-1965)*. Madrid, 2010, pp. 142 y 280. De su lado, un propagandista destacado por su tarea historiográfica, J. L. Gutiérrez, en su muy ajustada entrada del Diccionario de Historia Eclesiástica correspondiente a la ACNP afirmará rotunda pero a la vez muy genérica e imprecisamente: “Durante estos años, la Asociación prosigue su presencia en el seno de los organismos internacionales católicos. Al frente de Pax Romana estuvo durante doce años Ruiz Giménez. Y en San Sebastián tuvieron lugar las Conversaciones Católicas Internacionales, obra dirigida por hombres de la Asociación, y en la que tomaron parte decisiva, primero, el presidente, Fernando Martín-Sánchez, y luego su sucesor en la presidencia, desde 1953, Francisco Guijarro Arrizabalaga”. Madrid, 1972, p. 146. Un autor de acendrada profesión religiosa en órbita distinta a la propulsada por la Asociación, el abogado y periodista gallego M. Fernández Areal, escribirá: “En las conversaciones Católicas de San Sebastián —iniciativa de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas...” *La política católica en España*. Barcelona, 1970, p. 188.

²¹ “Otras notas del año (1949) fueron el acompañamiento de nuestra simpatía (de la revista *Ecclesia*) a las Conversaciones Católicas de San Sebastián, atacadas desde las más variadas posiciones y que representaban, sin embargo, un intento muy serio de aglutinar a la Iglesia intelectuales válidos y no politizados”. Iribarren, J., *Papeles y memorias. Medio siglo de relaciones Iglesia y Estado en España (1936-1986)*. Madrid, 1992, p. 118. “Por aquella época asistí a las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, que presidía el nuncio Cicognani, y gracias al cual se pudieron celebrar en el clima retrógrado de nuestros obispos españoles. Su promotor era el católico Carlos Santamaría, un profesor formado en los autores católicos fuera de nuestras fronteras, que supo convocar a personajes avanzados del mundo católico, sin ser estri-

Alzadas en los años 50 en un escenario de la política oficial tan refulgente como la Donosti de las estancias estivales del dictador en el Palacio de Ayete y su parafernalia consiguiente, resultaba muy aconsejable la presencia en unas Conversaciones, celebradas —siempre hebdomadariamente— de modo habitual en setiembre, de personajes con relevancia real o ambicionada en los asuntos públicos; circunstancia que contribuyó a una politización que contrariaba las intenciones de sus organizadores, pero que realzaba su impacto en la vida nacional e internacional²². Las Conversaciones redoraron los blasones de San Sebastián como capital estival de España y volvieron a colocar a ésta, en el tránsito de los cuarenta al decenio siguiente, en el mapa intelectual y cultural de Europa. El lance se aprovechó, sagazmente, por los munícipes y “fuerzas vivas” de una urbe receptora por las mismas fechas del *tout* Madrid para difundir sus encantos y bellezas, surgiendo en su estela iniciativas plasmadas en actividades de largo recorrido, a la manera, por ejemplo, de la Semana Internacional de Cine de San Sebastián²³. Por último, se haría preciso añadir que, en la crecida y prestigiosa nómina de los conferenciantes y ponentes, sobresalían numéricamente los seglares, en buena compañía de sacerdotes

dentes, y a unos cuantos españoles —curas y seglares— como yo, que estábamos en otra órbita muy diferente del conservadurismo nacional-católico español”. Miret Magdalena, E., *Luces y sombras de una larga vida. Memorias. Barcelona, 2000*, pp. 341-342. Creemos que, de su lado, un destacado conocedor del nuestro catolicismo contemporáneo, el ya mencionado catedrático salmantino F. Montero enfatiza un tanto la autocrítica de las Conversaciones como su intencionalidad de transformación: “Y, sobre todo, aunque se tratara de un círculo muy minoritario, las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, alentadas por Carlos Santamaría, que se celebraron ininterrumpidamente desde 1947 hasta 1957 (sic, por no mencionar las de 1959).” *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975). La Oposición durante el franquismo/4*. Madrid, 2009, p. 3. En la p. 303 no se sabe bien si el autor o un denunciante despistado hacen del matemático y topógrafo C. de Santamaría un “abogado”...

²² “(...) han adquirido ya justo renombre en España y en el extranjero. Acuden a ellas, por invitación personalidades sobresalientes de la intelectualidad católica de varios países para tratar, durante una semana, de “conversaciones” tenidas bajo el patronato del señor obispo de San Sebastián, en un ambiente de libertad y de cordialidad, de un tema de actualidad sobre cuya significación y problemática se emiten juicios no siempre acordes, pero cuyo intercambio va integrándolos en síntesis armónicas, o, cuando menos, acercando a los espíritus de nacionalidades distintas con lazos de confraternidad muy provechosos. La obra —que viene ya logrando caracteres de institución (...) es de iniciativa y actúa bajo la dirección de don Carlos Santamaría, ese hombre de ciencia doblado de filósofo y hasta de teólogo, que asume con ejemplar desinterés la difícil tarea de planear los temas, seleccionar a los invitados participantes y dirigir sus discusiones con una maestría unánimemente reconocida”. Zaragüeta, J., *Cuarenta años de periodismo (Colección de los artículos publicados en ABC de 1930 a 1970)*. Madrid, 1971, p. 151. Acerca de la participación del autor de *La intuición de la filosofía* de Henri Bergson en las Conversaciones proporciona alguna información embarullada el deslavazado artículo —en más de un extremo fronterizo con el caos— de L. Llera, “Juan Zaragüeta: un maestro vasco de Eugenio Imaz”, *apud* Asuncion, J. A.; Jato, M. y San Miguel M.³ L. (Coordinadores), *Exilio y Universidad (1936-1955)*. Bilbao, 2008, pp. 405-15. (Más desdortada aún se descubrirá la descripción de las Conversaciones por el zahareño e indocto G. Morán, que las inicia en “1945 y durante muchos años tuvieron un tono marcadamente institucional...”, *El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Barcelona, 1998, p. 407.

²³ De una de las más importantes Conversaciones por su coyuntura y temática, las comenzadas el 9 de setiembre de 1948, aparecería una crónica en el semanario británico *Catholic Herald* reproducida en el *Boletín de la ACN de P* de 1 de octubre del mismo año, y en la que relataba su autor: “Uno se lleva en la memoria interesantes recuerdos de estos días: la suntuosa hospitalidad de los españoles (...) la notable franqueza con la cual los católicos unidos por la fe pueden discutir sus diferencias nacionales y aún quedar mejores amigos que antes (...) las danzas vascas en la plaza del mercado de la ciudad vieja; el fez adornando la guardia personal del General Franco, cuya presencia en la ciudad indicaban; la cortesía de cualquiera con el que se hablaba y, especialmente, las facilidades fronterizas”. De esta misma sesión daba noticia un día antes de su celebración Carlos Santamaría en la XXXV Asamblea General de la Asociación, celebrada, como de sólito, en Loyola: “El tema es “Derechos y deberes de la persona humana en la sociedad civil, según las doctrinas de la Iglesia”. Y la aspiración —que no podrá realizarse este año—, sería la preparación de una tabla o declaración de derechos y deberes del hombre, según el pensamiento católico, según las doctrinas de los pontífices (...) Ahora bien, hemos pensado que

y hasta prelados de talla indiscutida, en ciertos casos provenientes del extranjero, sobre todo, de Francia y Bélgica²⁴. En unas elites confesionales tan que se atuvo el acontecimiento donostiarra fuese el galo, surgido, como se recordará, en los años veinte y desarrollado con posterioridad²⁵.

Es muy arriesgado enjuiciar cuál fue la más importante de las Conversaciones de la primera etapa de su andadura, trascurrida entre 1947 y 1952, periodo en el que abordó de modo especial la problemática referente a la comunidad política y a las preocupaciones de índole internacional que atraían por entonces a una democracia cristiana con ansias de expandir su carácter federalista y ecuménico. En estas líneas se comprobarán, no obstante su índole casi monotemática, las vacilaciones al respecto de su redactor, según

era preciso elaborar una tabla genuinamente católica, auténticamente católica, y llevar a ella todas las consecuencias, no solamente de la recta filosofía y del Derecho Natural, sino también todas las consecuencias que en este orden se desprenden del dogma católico, comenzando por Cristo y llevando hasta la última consecuencia el concepto católico de lo que han de ser los derechos del hombre en la sociedad civil". *Ibidem*. "Finalizado el verano de 1953, los comerciantes de San Sebastián organizaron una Semana Internacional de Cine en la capital donostiarra, para fomentar el turismo y difundir más allá de nuestra fronteras las bellezas de la tierra guipuzcoana (...) A su insuperable hermosura unía San Sebastián el encanto del ambiente cordial, pacífico y siempre alegre; unas gentes afectuosas, que se desvivían por hacer grata la estancia a los forasteros; un programa de festejos tan completo, que resultaba incluso agotador (...) Por las noches, después de la sesión cinematográfica, las distintas delegaciones ofrecían un festejo, obviamente precedido de espléndido banquete". Vizaínho Casas, F., *Los pasos contados. Memorias II*. Barcelona, 2001, pp.93-94.

²⁴ "Con don Alfonso (Querejazu) asistí por primera vez el año 1949 a las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, empresa llevada a cabo por Carlos Santamaría, y cuya importancia para el catolicismo español ha sido enorme. Piénsese que hasta ellas, España había vivido víctima de una nueva "tibetanización" (cercos político, diplomático, económico). Cuando algunos de nuestros católicos oficiales escribían los nombres de Maritain, Mauriac, Emmanuel Mounier, etcétera, ponían la palabra "católico" entre comillas, negando así implícitamente que lo fuesen, relativizando su catolicismo o, a veces, hasta denunciándolo como una máscara "judeo-masónica" (era el slogan de la época nazi). Y he aquí, que, de pronto, cruzaban la frontera y venían a San Sebastián católicos extranjeros más jóvenes, más actuales, más avanzados también que aquellos nombres nefandos (...) Es verdad que también participaban en las Conversaciones Católicas conservadores, tanto de dentro como de fuera de España. Se dio así lugar a una confrontación intelectual de gran trascendencia para el esclarecimiento y la definición de posiciones ulteriores". López Aranguren, J. L., *Memorias y esperanzas españolas*. Madrid, 1969, pp. 75-76. En unas vívidas páginas autobiográficas aludirá a este último extremo O. González de Cardedal: "Eran los años en que la liturgia y el canto gregoriano unidos revivían por toda España y sobre todo eran los años de las "Conversaciones católicas de San Sebastián" y de las "Conversaciones de Gredos", con hombres y hechos decisivos para la ulterior evolución de España (Laín, Maravall, Rof Carballo, Díez del Corral, Cerezo, Castellet, Vivanco, Rosales, Aranguren, Marías, Garrigues)." *Apud* Santiago-Otero, H.; Blázquez Carmona, F., *Panorama actual de la Teología española*. Madrid, 1974, p. 218.

²⁵ Cf. Cuenca Toribio, J.M., *Catolicismo español y catolicismo europeo contemporáneo. Encuentros y divergencias*. Madrid, 1999. "La mirada y la perspectiva de las conversaciones fue en general europea y mayoritariamente francesa a juzgar por los ponentes y participantes, y por la lengua utilizada no sólo en las conversaciones sino en la revista Documentos Seguramente para facilitar el intercambio de ideas, algunos textos españoles aparecen traducidos al francés". Montero F., "Los intelectuales católicos...", p. 53 "Hay que señalar el hecho de que, en aquella época, los dominicos franceses gozaban de un espíritu crítico e innovador, muy opuesto al que dominaba en los dominicos españoles. Así en París el P. Dubarle (asistente y participante en las Conversaciones) me invitó a un acto, en que hablaba un cura obrero -era la época de tan interesante experiencia, que llevó a una serie de sacerdotes al Partido Comunista-, y en dicha sesión intervino el P. Dubarle (...) Tesis que de ser expuesta en nuestra universidad habría llevado al P. Dubarle al fin de su carrera académica". París, C., *Memorias sobre medio...*, p. 113. Un insuperable conocedor de la biografía de R. Calvo Serer asegura que éste hizo de intermediario entre los organizadores de las Conversaciones y algunos de sus participantes extranjeros. "Allí (Londres) trabajó durante dos años, prácticamente seguidos, con algún desplazamiento a Madrid para asunto de Arbor (...) También hubo de realizar algunos viajes al continente para asegurar la presencia de profesores extranjeros en los cursos de verano de Problemas Contemporáneos de la Menéndez y Pelayo de Santander que dirigían Joaquín Ruiz-Giménez y él, y a las Conversaciones Católicas de San Sebastián que se celebraban en el mes de septiembre". Fontán, A., "Estudio introductorio" a Díaz, Hernández, O.; Meer, F., *Rafael Calvo Serer. La búsqueda de la Libertad (1954-1988)*. Madrid, 2010, p. 36. Cf. *etiam* Díaz Hernández, O., *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*. Valencia, 2008, pp. 282-287.

los criterios seguidos para su valoración. Pero es indudable que la esencia del párrafo precedente semeja confirmarse por entero en las V. El tema fue el más “europeo” y, por ello, el más universal; y entre los participantes brilló con particular luz la presencia francesa. Con “el retorno de los embajadores”, el fin oficial de la guerrilla y el estallido bélico coreano con el consiguiente realineamiento de los bloques, el verano de 1950 contempló quizá el principal *tour-nant* de la dictadura franquista hacia un régimen autoritario, aceptado si no aplaudido por las democracias occidentales.

En tal paisaje, el asunto de las Conversaciones celebradas entre el 6 y el 12 de setiembre no podía ser más atractivo: “Bases cristianas para la unidad de europea”. Su temario acrecentaba el interés: “¿En la situación actual de Europa puede ser el cristianismo un elemento fundamental de la unidad europea, o, al contrario, hay que tratar de fundar Europa sobre otras bases de orden puramente cultural o económico? ¿Qué condiciones mínimas deben ser exigidas desde el punto de vista cristiano para que la unidad económica europea no se realice en detrimento de las sociales y naturales, de la dignidad humana y de la justicia o contra los principios de equidad social que la Iglesia sostiene? ¿Qué principios morales deben ser afirmados por los católicos cuando se trate de realizar concretamente la unidad económica y social de Europa? ¿Puede todavía contribuir la Iglesia a la elaboración de la cultura europea, o bien debe mantenerse decididamente por encima de estos problemas para evitar ser sumergida en ellos?”²⁶.

Para satisfacción de sus organizadores, el modelo de las Conversaciones pareció encontrar en ellas el punto óptimo. Las discusiones discurrieron por caminos alejados del convencionalismo, debatiéndose algunas ponencias con apasionamiento y calor, con un público muy comprometido. Por vez primera, los moderadores tuvieron a veces que emplearse a fondo por la viveza de ciertos diálogos, contemplada con sumo gozo por Santamaría y su equipo ante la caída de arraigados tabúes, frente a una audiencia de alto fuste intelectual y predicamento internacional. Con el empleo en ellas de cuatro lenguas de cultura usadas por una porción destacada de la intelectualidad cristiana más prestigiosa, las Conversaciones recibieron en su quinta singladura la sanción ambicionada por sus gestores. Mediante su desarrollo el mundo iberoamericano se agregaba a la reflexión religiosa más influyente a nivel mundial y San Sebastián se incorporaba plenamente al selecto núcleo de ciudades desde la que

²⁶ Por su parte, en absoluta sintonía con el carácter y la intención, más tácita que confesada, de los organizadores y comilitones demócratas cristianos de las Conversaciones, *Criterio* dedicaba una página entera a resumir la sesión consagrada a las “Bases cristianas de la unidad europea”, en la que se compendaban insuperablemente las distintas y, a las veces, discrepante voces escuchadas en la V reunión. “El método particular de estas conversaciones, “amistoso diálogo entre hermanos”, para su información y mutua comprensión, está atento más que nada a esta intercomunicación de los católicos de diferentes nacionalidades y actitudes. Importa, sí, el fijar una conclusión “exacta, clara y bien determinada”, como recordó monseñor Cicognani. Pero para ello es preciso antes esta franca intercomunicación; para ello es preciso ante todo “conversar”. 15-IX-1950.

aquella esplendía. Dios no hablaba ya español como ocurriera, en palabras cesarianas, en el Quinientos, pero la catolicidad hispana se reincorporaba a un lugar de honor en la meditación, en católico, de los tiempos nuevos²⁷.

Pero en el solar ibérico, las herencias no se dilapidan con facilidad. Ante el éxito rotundo de la quinta edición de las Conversaciones, se activaron las primeras señales de alarma y comenzaron *zelanti* y detractores su labor de zapa. Mas aun, afortunadamente, no había llegado su hora... La cuestión de la libertad religiosa, remecida de modo directo o colateral en buena parte de las cinco primeras Conversaciones, no sólo por su trascendencia en un tiempo en el que el tímido ecumenismo de finales de la centuria ochocentista reverdecía y se ensanchaba a ojos vistas por un mundo impactado por los nacionalismo que lo abocaron al recién desastre bélico, sino también por su incidencia en un episcopado como el español refractario sin fisuras frente a ella, estuvo en el corazón del hecho. Su alérgico reflejo ante cualquier pretensión de discutirla en los estados católicos levantaba en él las más grandes aprehensiones y peligros y fantasmas sin cuento. Probablemente, el no haber cristalizado como legado principal del periodo mencionado la tan traída y llevada Carta o Declaración católica de los derechos del hombre, tuvo en tan congenial suspicacia su causa determinante²⁸.

Con todo lo expuesto y lo conocido de la España y la Iglesia del momento por el lector interesado en la materia, es ocioso puntualizar que el camino andado por las Conversaciones no fue precisamente de rosas²⁹. Lo mejor y lo peor del catolicismo de la época se dieron cita en ellas. Registrado,

²⁷ Algunas de las ponencias y comunicaciones de las V Conversaciones se recogieron en Documentos 7 y 8. San Sebastián, 1951. Al eco de las V Conversaciones contribuyó el artículo publicado por R. Calvo Serer en el *ABC* de 26-IX-1950: "Europa en San Sebastián". En sintonía con su espíritu general, las reservas del catedrático valenciano afloraban una y otra vez en su reivindicación del catolicismo hispano, secular y recientemente más probado por peligros y ataques que el europeo, para apuntar al final, con su habitual adocenamiento literario, a una posible y deseable reformulación con vitola más actualizada: "En estas "Conversaciones" de San Sebastián quedaba abierta nuestra esperanza sólo al contemplar la misma ciudad tan europea en lo material, tan pulcra y minuciosamente cuidada, y además sin el refinamiento de esas ciudades de Europa que, en su atildada ordenación, indican haber convertido en fin aquello que para la cultura española no es sino un colaborador eficaz de las tareas cristianas del espíritu". *Apud La configuración del futuro*. Madrid, 1953, pp.123-4. A fin de dejar bien claro la perfecta coexistencia entre catolicismo europeo y español y acallar, de paso, no pocas de las críticas suscitadas por las precedentes en los medios integristas y tradicionalistas *enragés*, los organizadores de las Conversaciones centraron las VI en su estudio. "Entre el 6 y el 12 de setiembre se han celebrado las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián. El tema general ha sido el del patriotismo, cuyo examen se hizo agrupando las intervenciones en torno a los siguientes puntos: "¿Qué es la patria?, ¿El patriotismo en crisis? Teología del patriotismo. El Universalismo y la idea patria"/ En los debates, que fueron dirigidos por don Antonio de Luna, intervinieron, entre otros, los señores de Corte, Santamaría, Leclercq, Salleron, Azaola, Liebesking, Cesare, Rolin, Hamer Berrar, De las Cases, Paniker y Celier". *Arbor*, 69-70 (1951), p. 134. Algunas de dichas intervenciones se recogerían en la revista *Documentos*, 9 y 10 (1951).

²⁸ El número 10 de *Documentos*, órgano publicístico de las Conversaciones al que más adelante se prestará la debida atención, recogía, entre otras, las posiciones del ya mencionado y muy famoso en la época prelado calagurritano Fidel García —"Mirada retrospectiva"—, la del aún más célebre a nivel internacional P. Congar —"Orden temporal y verdad religiosa"—, la del canónigo tortosino J. B. Manya —"Contestando a un artículo (de P. Guerrero) de *Razón y Fe*— o del mismo Santamaría "*Autour de l'Etat ideal*".

²⁹ En una extensa catilinarina anónima aunque salida del sector clerical peneuvista contra los desmanes del franquismo en el País Vasco y dirigida a los participantes extranjeros en las Conversaciones, se les advertía de los "servicios" inapreciables que prestaban al régimen con su venida a San Sebastián: "On pourrait dire que dans notre pays, ce

siquiera al desgaire, lo primero, se señalará ahora, también con levedad, lo segundo. El punto de inflexión que marcara en el pontificado del papa Paccioli la proclamación de la *Humani generis* y el clima de progresiva reacción que se adueñó desde tal fecha —junio, 1950— del Vaticano hasta el fallecimiento de Pío XII, se reflejó con nitidez en la marcha de las Conversaciones. En su segundo lustro, los temas inter-eclesiales tomaron abiertamente la delantera a los meditados en la primera fase de las Conversaciones, sin que por ello disminuyera la tensión aflorada en su último tramo.

Un ejemplo más del funambulismo a que el difícil equilibrio entre fuerzas opuestas obligara a ejercitar a sus organizadores, se descubre en el hecho de que, mientras el desempeño de la cartera de Educación por un demócrata cristiano de linaje abillantado y decidido partidario de la apertura en el régimen y en la Iglesia, daba alas a los directivos seculares de las Conversaciones, las presiones del lado del oscurantismo (de los pesquisidores) eclesiales se redoblaban, al abrigo de un nuncio menos flexible y culto que Mons. Cicognani, sustituido en octubre de 1953 por Mons. Hidelbrando Antoniutti³⁰. No casualmente, su nunciatura se inauguró con la elección del bien significativo tema de la obediencia en las novenas Conversaciones, cuando un notorio participante en las séptimas, el P. dominico Ives Congar y otro muy citado en ellas, el jesuita H. de Lubac, atravesaban en su país, en compañía de muchos sacerdotes obreros, la fase más dura de su ostracismo vaticano³¹. Acaso con el fin de paliar el rigor del gesto, fue el cardenal de París, Mons. Feltin, el encargado de abrir esta novena edición, no tampoco por azar, quizá la más tensionada y remecida de todas³².

pays basque dont vous siégez, c'est justement contre les catholiques que Franco règne de préférence le combat. L'interdiction des droits de l'homme frappe les basques dans le terrain politique avec plus de dureté qu'il ne le fait peut être ailleurs. Le droit à la liberté personnelle, le droit à l'expression libre de nos sentiments, le droit d'être jugés par de tribunaux civils composés par professionnels, le droit de reunion, d'association politique, sociale ou autre, les garanties dans la procedure, le droit d'appel...tout cela nous est refusé comme c'est le cas pour des espagnols. Mais en mettant peut-être plus de mauvaise volonté, plus d'haine que partout (...) nous remercions de tout coeur ceux d'entre vous qu'avez prouvé être à la hauteur de votre tâche, et prions que Dieu preserve vos patries respectives de ces grands fléaux de la religion qu'on contemple rarement isolés et que s'appellent: Église protégée, Pharisaïsme et Dictature".

³⁰ "Comenzaban para éstas (las Conversaciones) las dificultades y no era la menor la de los vientos que soplaban en el Santo Oficio de Roma". Tellechea Idígoras, J., I., *Tapices de la...*, p. 190.

³¹ Con toda seguridad, el célebre dominico no intervino personalmente en las Conversaciones. En su diario de 23-X-1952, una vez celebradas las VII Conversaciones, escribe: "Salgo de ver al P. General. Lo primero que ha hecho ha sido entregarme un "nihil obstat" para mi exposición de San Sebastián, glosándome rápidamente las observaciones realizadas (...) La hoja de "nihil obstat" para mi exposición de San Sebastián, que me ha entregado el P. General, presenta una serie de observaciones muy características de la forma como se ha realizado la censura de mis textos". De su lado, el glosador del diario anotará "Las Conversaciones católicas internacionales de San Sebastián reunían cada año, por invitación y bajo la cobertura de las autoridades eclesiásticas locales, a responsables de diversas nacionalidades para tratar cuestiones de interés general. El padre Congar presentó en las de septiembre de 1952 una exposición, publicada en un principio bajo el título "¿Es esencial para el mensaje evangélico la eficacia temporal?", *Documentos*, 11-12, San Sebastián, 1952, pp. 61-80, y después en la *Revue Nouvelle* (15 de enero de 1953), pp. 32-49 ("Efficacité temporelle et message évangélique"). *Diario de un teólogo (1946-1956)*. Madrid, 2004, pp. 248 y 250.

³² El corresponsal permanente de *Ecclesia* en las Conversaciones, J. M.^a Cirarda, se veía obligado a hacer juegos malabares en su correspondiente crónica para edulcorar un tanto el *diktat* romano. "De aquí que el Papa venga manifestando en los últimos años una preocupación vivísima ante esa especie de "neoprottestantismo", que parece querer levantar cabeza dentro de la Iglesia. Baste recordar las severas advertencias que sobre esta materia encierra la encíclica "Humani generis", y las que constituyen el todo del trascendental discurso pronunciado por Su Santidad a los Cardena-

Fecha crucial en el proceso fue la de 1952, cuando, pasado un lustro de su arranque, C. Santamaría creyó en la necesidad imperiosa de carenar fondos del remecido navío que pilotara antes de que el lastre de la rutina y la autocomplacencia lo encallasen en la esterilidad³³. La iniciativa de invitar a Jacques Maritain a participar en las sesiones de dicho año significó un órdago en toda regla al *establishment*, al paso que la respuesta de éste no fue menos espectacular al concederle de inmediato el visado correspondiente para su venida a España. El llamativo episodio tuvo un final inesperado y decepcionante, cuando el autor de *Primado de lo espiritual* alegó un especioso y educado pretexto para no viajar a San Sebastián. El lance, empero, se aprovechó por los *zelanti* españoles y romanos para acrecentar su coacción frente al cuadro director de las Conversaciones³⁴. Quizás a instancias —sospechas y delaciones— hispanas, la nunciatura madrileña y la congregación romana del Santo Oficio lanzaron a partir de entonces un ataque sistemático contra la orientación y el *modus operandi* de las Conversaciones, con la declarada finalidad de su total control por parte de los

les, Arzobispos y Obispos con ocasión de la canonización de San Pío X. En él se inspiró el excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad para componer el certero discurso con que abrió las Conversaciones (...) Sus orientaciones dirigieron todo el trabajo de las Conversaciones (...) El tono de las intervenciones fue siempre de gran franqueza, por una parte, y, por otra, de una cordial sumisión a las directrices de la Jerarquía, dignamente representada en todas las sesiones por los excelentísimos señores Obispos de Córdoba y de Vitoria, que no se contentaron con asistir a los actos solemnes de las Conversaciones, sino que se sentaron a la mesa de los debates, como unos conversantes más, orientándolos con repeticiones y ciertas intervenciones". 21-VIII-1954, p. 206.

³³ Frente a lo que decíamos de las II, para comentaristas de crédito serían éstas singularmente sobresalientes en la historia de las Conversaciones, con la participación, entre otros, de I. Congar, M. Sciacca y R. Paniker. "Es decir muy poco el afirmar que las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián de este año se han mantenido a la altura de sus otras seis reuniones precedentes. Hemos podido hablar con varios asistentes a algunas de sus pasadas ediciones y todos estaban de acuerdo en que esta séptima, que acaba de celebrarse, ha superado a todas por la altura y por la riquísima fluidez de los diálogos". *Ecclesia*, 20-IX-1952, p.13. El telegrama pontificio recibido a su término semejava refrendar la exactitud de la opinión formulada anteriormente: "Augusto Pontífice complacido celebración nueva reunión Conversaciones Católicas Internacionales San Sebastián formula votos paternos éxito trabajos sobre tema, eficacia temporal cristianismo, creador verdadera civilización con hombres gloriosos ofrece siempre sociedad clima adecuado desarrollo auténtica prosperidad, ilustra verdadera concepción cosas terrestres reflejos gloria divina, establece jerarquía valores humanos que sublima con su guía espiritual. Su Santidad concede cordialmente asistentes séptima reunión implorada bendición apostólica. 'Montini, sustituto'". *Ibidem*.

³⁴ No es preciso aclarar que C. Santamaría, al igual que la mayor parte del sector intelectual de sus correligionarios, era un convicto maritainiano. En profesión de ello pronunció una conferencia en el Centro madrileño de la Asociación en el curso 1954-5, consagrado al tema del Bien Común, conferencia recogida en 1955 en el librito -82 págs.- Jacques Maritain y la polémica del Bien Común —Madrid—. En su prólogo, fechado en Sebastián en mayo de 1955, decía: "Por razones que no es éste el momento de analizar, pero que, según creo, tienen poco que ver con la filosofía, el simple hecho de mencionar este pensador francés, como no sea para vituperarle, parece producir en algunos sectores de opinión un malestar y hasta una irritación poco explicables o tal vez, si se quiere, demasiado explicables (...) Maritain, en un momento de enorme peligro para la Humanidad, en el que el totalitarismo amenazaba tragarse el mundo (...) quiso afirmar la superioridad de la persona sobre todas las sociedades temporales", pp. 5 y 9-10. Siguiendo tal vez demasiado pedisecuamente a un Tusell que, contra su costumbre, sólo se aproximó de modo tangencial al tema, un sobresaliente especialista, asevera: "El mismo Santamaría intenta sin éxito introducir el pensamiento de Maritain, suscitando la correspondiente resistencia". Montero, F., *La Iglesia: de la colaboración...*, p. 40. Acerca de la posición de Tusell en tal extremo —"Jacques Maritain et le personalisme en Espagne", en F. B. Hubert, *Jacques Maritain en Europe. La réception de sa pensée (Actes colloquio 1993, Toulouse)*, Beauchesne, París, 1993, pp. 181-205— vid. Cuenca Toribio, J.M., "Javier Tusell, historiador del catolicismo español contemporáneo", en Avilés Farré, J (Coordinador), *Historia, política y cultura. Homenaje a Javier Tusell*. Madrid, 2009.

elementos eclesiásticos más intransigentes. La peripecia de todo ello, tantas veces repetida, por lo demás, en el transcurso del catolicismo contemporáneo, es tan fácil de imaginar como engorrosa de reconstruir en un estudio de la naturaleza del presente. La respuesta de los encausados fue la de acentuar su apología de la tolerancia³⁵.

Tocadas del ala, las Conversaciones continuaron haciendo su camino de concienciar y sensibilizar a medios muy minoritarios con el clima de diálogo y libertad que, en el clímax de la guerra fría y el ecuador del franquismo, los espíritus más clarividentes avizoraban en un horizonte no muy lejano. Como se subrayaba ha un momento, todo fue paradójico en el itinerario de las Conversaciones; y su final no pudo sustraerse a ello e, incluso, lo acentuó. No fue el régimen el causante de su accidentado término, pues su neutralidad benevolente se trocó, gradual e incesablemente, en tolerancia activa y simpatizante con una iniciativa que, en definitiva, le daba réditos notables al acrecentar su imagen favorable en el extranjero, operación en la que a partir de 1951 consumió algunas de sus energías más preciadas³⁶.

³⁵ “Desde 1935, Santamaría ha sido uno de los promotores del progresismo católico a nivel nacional e internacional (...) Tanto el integrismo español como el francés le atacaron y le produjeron muchos quebraderos de cabeza hasta el extremo de que le llamaron del Vaticano y tuvo que suspender estas reuniones.

Carlos Santamaría me dice que vaya con cuidado a la hora de estructurar los datos: Usted sabe en qué clase de avispero —obispero dicen otros— estamos metidos —me advierte”. Vilar, S., *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la Dictadura. 1939-1969*. París, 1970, p. 535.

³⁶ En el año en que estimamos se produjo la inflexión mencionada, Santamaría pronunció ante el primer y recién obispo bilbaíno, el madrileño Mons. Morcillo, una espléndida conferencia —fondo y forma, documentación y análisis, ardimiento y templanza, vibración y sofrosine— en la Universidad de Santander (agosto, 1953) acerca de “El problema de la intolerancia en el catolicismo español”, en la que se desvenan las causas esenciales de una intransigencia denostada sin ambages por el acenepista guipuzcoano. Profundamente balmesiano en el planteamiento del tema, afirmará: “Es, por cierto, Donoso uno de los tipos más representativos de ese absolutismo peninsular, que siempre tiende a traducirse en fórmulas y a proyectarse en desorbitadas, pero no siempre edificantes, no siempre constructivas, empresas (...). Sería tal vez preferible preparar a los católicos para la lucha en frente abierto que acostumbrarles a una actitud siempre defensiva y encogida tras los parapetos de una falsa seguridad (...) La tolerancia constructiva, la tolerancia de absorción, que no hay por qué confundir con el falso irenismo, se echa bastante de menos en España”. *Apud Catolicismo español. Aspectos actuales*. Madrid, 1955, pp. 24 y 51-2. Años más tarde, un estrecho colaborador de C. Santamaría y corresponsal de *Ecclesia* para la crónica de las Conversaciones, el joven canónigo vitoriano J. M.^º Girarda, insistía e insistía: “Es un hecho demasiado evidente para perder el tiempo en su prueba que los católicos de los distintos pueblos no nos entendemos con toda la profunda fraternidad a que nos obliga la comunión en la misma fe (...) Decíamos que, además de la comprensión mutua, importa sacar de los contactos entre católicos el enriquecimiento del propio haber con lo bueno que encontremos en otras cristiandades, a la vez que damos a éstas lo mejor de lo nuestro (...) Estos dos objetivos —una mejor comprensión mutua y el casi necesariamente consecuente mutuo enriquecimiento— han sido desde un principio los inspiradores de las Conversaciones (...) Tras de ellos marchaba el afán del excelentísimo señor don Mateo Múgica, entonces obispo de Vitoria, cuando cursó la primera invitación para las del año 35. En ellos pensaba igualmente el excelentísimo señor don Carmelo Ballester, cuando empenó todo su interés a favor de su reanudación tras la guerra (...) Porque esto es así, la Junta Permanente de las Conversaciones no se contenta con reunir a un grupo de pensadores católicos de distintos países. Procura más: procura que tanto de España como de cualquier otra nación acudan a San Sebastián representantes de diversas corrientes de pensamiento dentro de la común ortodoxia católica. Y así sucede que se sientan a la mesa redonda del diálogo algunos conversantes franceses —es un ejemplo como otro cualquiera— más conservadores que otros españoles o italianos, a la vez que la mayoría de éstos sea tal vez más conservadora que otros franceses”. *Ecclesia*, 6-IX-1952, pp. 10-11. Alguien de trayectoria a grandes rasgos un tanto similar, José

Por estas fechas, el proceso de “desfalangistización” estaba ya muy avanzado, y una actividad en la que los sectores democristianos representaban un papel descollante no podía dejar de ser vista por el franquismo como un sumando en extremo valioso de legitimidad³⁷. Para, al more hispano, acentuar la paradoja en muy elevado coeficiente, la ACNP demostraría en la ocasión el más apremiante interés por que las Conversaciones continuasen. La presidencia de la Asociación, regida hasta 1957, según quedó ya anotado, por un vasco, y la reincorporación plena a los altos trabajos “propagandistas” de A. Martín Artajo, tras su salida del gobierno en julio de 1957, como sucesor de reforzaron muy notablemente tanto la reivindicación acenepista de las Conversaciones como el incondicional apoyo a su permanencia. Con más autoridad que su antecesor en una Asociación caracterizada desde la “episcopalización” de Herrera por las constantes fricciones y rifirrafes en su núcleo dirigente, y acaso también con más visión política y cultural, Artajo entendió bien el gran rédito que, a título institucional y personal, podía extraer del único acontecimiento en su género de verdadera presencia internacional. Cuando ya estaba todo perdido y convocado el Concilio, el pronunciamiento más rotundo y caluroso acerca de su prosecución provendría precisamente del prohombre demócratacristiano³⁸. El *Boletín* de la Asocia-

Miguel de Azaola, no daría este último paso, bien que le acompañara *ab initio* en su granítica defensa de la tolerancia: “Hoy, en todo el mundo, salvo contadas excepciones, los católicos figuran entre los más empeñados defensores de la tolerancia religiosa. Es más: la superioridad de la Iglesia, con relación a los restantes grupos y movimientos que propugnan el respeto de la dignidad humana, permite prever que, en plazo no muy largo, quizá sea ya la Iglesia la única fuerza verdaderamente considerable que actúe, y la suya la única voz verdaderamente autorizada que se deje oír en el mundo, en defensa de la libertad”. “En torno a la tolerancia”, 2 (1949), p. 122.

³⁷ No repara en el importante papel “legitimador” del franquismo uno de los miembros de la Junta organizadora de las Conversaciones y de gran actividad en todo su desarrollo, José María Cirarda Lachiondo: “Constituyeron un hecho singular en una España aislada del continente por nuestra situación política tras la guerra civil. El gobierno de Franco las respetó a pesar de que entrañaban un acto de libertad intelectual no fácil durante su régimen, bien porque no acertó a ver su trascendencia bien porque le convenía dar la sensación de que respetaba al mundo intelectual. Los intelectuales católicos europeos venían encantados a las Conversaciones, entre otras razones más hondas, porque las animaba un optimismo que contrastaba con el pesimismo reinante en Europa tras la segunda guerra mundial”. *Recuerdos y memorias...*, pp. 58-9.

³⁸ El *Boletín* mencionado de 1-15 de setiembre de 1959 constituía en verdad un derroche casi abrumador de páginas en la loa y encomio de las Conversaciones. No contento con la transcripción de la extensa entrevista con A. Martín-Artajo y de la reproducción de un editorial casi simultáneo de *Ecclesia* en elogio de las XIV Conversaciones, insertaba *ad integrum* la extensa crónica sobre esta edición debida a un discípulo de C. Santamaría, el luego muy famoso intelectual y político donostiarra José Ramón Recalde, aparecida igualmente en *Ecclesia*. Preludiando ya la temática de la *Pacem in Terris* de Juan XXIII, los organizadores de la última de las Conversaciones centraron la de ésta en “El pecado colectivo”, esto es, las causas del subdesarrollo y la injusticia en el mundo rectorado por el capitalismo. “El tema general —escribía Recalde— ha sido el del pecado colectivo. El punto de partida eran situaciones en que la mentira, la injusticia, el odio, en una palabra el pecado parece cristalizar en una colectividad. Y esta cristalización del mal empuja a los individuos en un sentido que es contrario al orden moral, algo así como si el mal se hubiera poco menos que encarnado en la sociedad./ “Por todas partes —decía Carlos Santamaría, ya tradicional director de las Conversaciones y alma y vida de ellas— vemos que hay pueblos y gentes desposeídos, entre los cuales el hambre y la ignorancia causan verdaderas catástrofes, y a su lado pueblos y gentes sumamente ricos, que parecen ignorar la desgracia de los demás. Hemos sentido que en esa mala distribución de las riquezas, en estas desigualdades san-

ción en su número 665-6 de 1-15 de setiembre de 1959 intitulaba con grueso trazo tipográfico e intencional “La presencia de nuestro Presidente en ellas (XIV Conversaciones), testimonio del interés de la A.C.N. de P. por estas reuniones”³⁹.

Si no que... *Roma locuta, causa finita*. En la todavía todopoderosa e indiscutible Curia pontificia, convenientemente espoleada por los *zelanti* hispanos, se había pronunciado, a dichas alturas, el fin de la historia de tan hermosa aventura. La pleamar del fundamentalismo que anegó los últimos años de Pío XII, provocó también el naufragio de las Conversaciones. El curioso lector de la historia de la Iglesia contemporánea está familiarizado con el ambiente de marasmo y desmaña, de paranoia e hiperestesia en el que desarrollaron las postrimerías de los pontificados de Pío IX y Pío X, de suma popularidad en las masas de la cristiandad latina. Con el Papa Pacelli, pontífice con idéntico halo popular, se reprodujo la situación. Y en ella se fue a pique la aventura donostiarra, narrada aquí, en una síntesis galopante, con exceso sin duda de detalle en virtud de su importancia real, pero también simbólica en los

grientas, hay una injusticia radical. Cuando hemos protestado de ello se nos ha contestado: “No sean ustedes ingenuos. Esto viene de leyes económicas que nadie puede cambiar. / Esta respuesta no puede bastar a los cristianos. Podemos nosotros no ser inmediatamente responsables y una situación que quizás haya sido creada por la actuación de las generaciones precedentes. Pero nos haríamos responsables y cometeríamos un pecado de omisión aceptando sin resistencia y sin protesta todo lo que en una situación sociológica determinada puede venir del pecado y de la injusticia (...) Pero aún no aparece suficientemente estudiado ese sentimiento de culpabilidad que existe, sea o no fundado; esa exigencia de solidaridad que se hace sentir tanto entre cristianos como entre no cristianos, como muy bien hizo notar el conversador canónigo Charles Möeller, autor de esa obra tan notable y conocida que es “Literatura del siglo XII (*sic*) y Cristianismo”. Pp. 123-124.

³⁹ Las declaraciones estaban precedidas de una ratificación en regla y con todo énfasis en el protagonismo decisivo de la ACNP en el acontecimiento: “Recogemos asimismo una conversación de nuestro Presidente con el redactor de “El *Diario Vasco*” (...) La presencia de nuestro Presidente en las Conversaciones es el testimonio del interés y del cariño con que la A. C. N. de P. sigue estas reuniones, que han atraído hacia España durante trece años a figuras señeras del catolicismo de otros países y que han logrado contactos y reflexiones muy fructuosos./ Las Conversaciones surgieron mercede a la iniciativa del Centro de Propagandistas de San Sebastián y muy especialmente gracias a la actividad certerísima de nuestro compañero Carlos Santamaría. A él se deben especialmente la obra realizada y los frutos conseguidos (...) ¿Es la primera vez que usted asiste a las Conversaciones en San Sebastián? -¡Oh! No. Yo he visto nacer las Conversaciones. En su fase anterior el año 35 yo asistí como semanista; entonces era secretario de la Junta Técnica Nacional de Acción Católica (...) Iba a asistir al curso del año 36, convocado para agosto, bajo el lema “Evolución o revolución”, pero ya no se celebró. Después he visto nacer las Conversaciones actuales (...) —¿Qué opina usted sobre las Conversaciones? —Que son una necesidad. En España no hay otras instituciones de este mismo tipo en que se estudien a la luz de la doctrina católica cuestiones de actualidad para formar criterio colectivo dentro de un espíritu de fidelidad a la Iglesia (...) De este tipo no hay. Existen reuniones en Ginebra, Florencia...; pero son cosas distintas, o no son en plan católico, o no son estrictamente conversaciones. Aquí es el diálogo, es el sacar partido de las diversas perspectivas para enriquecerse mutuamente. Y los extranjeros lo comprenden así y lo celebran. —La presencia de tendencias extranjeras, ¿no podría suponer un elemento de perturbación dentro del ambiente de nuestro catolicismo español? —Por el contrario. Muchas veces se han expuesto experiencias y criterios que otros han aprovechado. El provecho es recíproco.” P. 122. Desde otro ángulo, F. Montero refrenda el interés por las Conversaciones de A. Martín Artajo en sus días ministeriales: “(...) desde Exteriores protege y vigila a la vez esa conexión internacional, como consta en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores”. “Los intelectuales católicos...”, p. 52.

destinos del catolicismo hispano contemporáneo⁴⁰. No lo asentaron en la tierra prometida, pero contribuyeron decisivamente a conducirlo a ella. A pocos meses de que el inencasillable Juan XXIII anunciara la buena nueva intuida en gran número de sesiones y trabajos de las Conversaciones, y tras el paréntesis de 1958⁴¹, éstas, según se apuntara más arriba, celebraron su postrera edición, la XIV⁴². Con ellas también concluía el más importante diálogo entre fe y cultura, ciencia y religión de los registrados hasta

⁴⁰ El bilbaíno, pero ardidamente enamorado de Donosti, J. M. de Azaola, al que se debe la mejor recapitulación de la historia y significado de las Conversaciones, se muestra asaz elusivo y un punto desnortado al analizar su final, en una de cuyas causas esenciales sitúa la salida del ministerio del madrileño A. Martín Artajo (1945-57). La “liberalización” del Régimen respecto del evento donostiarra fue, si cabe, más clara tras su marcha que con anterioridad. El acenepista y aperturista gobernador civil de la provincia entre 1951 y 1956, marqués de Bolarque, fue sustituido por el navarro Tomás Garicano Goñi (1951-56), también acenepista y aún más “liberal” y templado que su predecesor, y Martín Artajo quedó reemplazado por el bilbaíno y “abierto” Fernando M^a Castiella (1957-69), conocedor insuperable de los ambientes vaticanos y, personalmente, inclinado a la rigidez jansenista, que su mismo coterráneo Azaola estima un factor esencial en la práctica religiosa de una mayoría del pueblo vasco. En su elusiva y algo escapatoria explicación del término de las Conversaciones aduce un dato que bien pudiera interpretarse en román paladino en el tradicional antagonismo entre los vecinos de Donostia y los de “Bocho”, aunque tan prosaico elemento no puede sustentar, desde luego, una explicación completa y honda de tan importante y lamentable episodio: “Cabe, finalmente, sostener que a los habitantes de la España hermética de 1947, las Conversaciones les eran mucho más necesarias que a los de la España ya entreabierta de 1959, y, en vista de ello, felicitar de que la actitud de los poderes públicos hacia la obra de Santamaría fuera favorable en sus primeros momentos y reservarse su hostilidad para diez años más tarde. Lo extraño es que el aperturismo de Martín Artajo, por moderado que nos parezca, se diera en un periodo en que la política del gobierno español, considerada en su conjunto y en sus características generales, era claramente más desfavorable a experiencias del tipo de las Conversaciones, que en los años en que éstas cayeron en desgracia y acabaron por desaparecer. Semejante paradoja es una demostración más de que, no pocas veces, el curso de los acontecimientos en un marco determinado depende mucho más de los caracteres y las calidades de las personas y, sobre todo, de la relación entre ellas, que de la naturaleza de las instituciones, la letra de las leyes o las líneas de conducta que, trazadas y observadas con carácter general, nunca excluyen las excepciones”. “Las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián (1947-1959)”. *Cuadernos de Alzate*, 17, (1997), p. 172.

⁴¹ Las inagotables energías del también Secretario General del Movimiento Internacional Pax Christi se drenaron este año en la preparación del Congreso de Pax Christi celebrado en Valladolid en 1958. En la misma fecha se recogieron gran parte de sus ponencias a cargo del P. S. Ramírez, G. Pella, E. Gilson y el Cardenal Feltin, en un libro titulado *Civismo supranacional* (Madrid), al que C. Santamaría puso un dilatado y elaborado prólogo.

⁴² “Copia de la carta dirigida por don Carlos Santamaría a los invitados a las Conversaciones de 1958 anunciándoles la suspensión de éstas: El Comité organizador de nuestras Conversaciones acaba de recibir nuevas instrucciones de la Santa Sede sobre la organización y el método de trabajo de nuestras sesiones. (...) Queremos, en efecto, tener la seguridad de una aplicación fiel y perfecta de las instrucciones recibidas, las cuales han de contribuir, seguramente, a un mayor y mejor desarrollo de la obra (...) Esta carta fue enviada a cada uno de los invitados a partir del día 25 de julio”. Cuando se celebraron las últimas Conversaciones todo discurrió por los raíles marcados por un Santo Oficio rectorado por el Cardenal Ottaviani, que por esas fechas había comenzado ya su particular duelo contra las “heterodoxias” del flamante Papa Angelo Roncalli: “Acta final de la Comisión de Teólogos (...) los diálogos se han desarrollado constantemente en la línea de una ortodoxia pura, cuidando, además, de hacer referencias constantes al magisterio de la Iglesia sobre todos los temas debatidos, singularmente en los discursos de Pío XII, de feliz memoria (...) Cuando se han planteado opiniones discutibles no se han expuesto en ningún momento teorías estridentes, manteniéndose todos los conversantes en un tono de sana prudencia, tanto en la vertiente dogmático-moral como en la implicaciones políticas de los temas de diálogo (...) Declara, en fin, que considera sumamente beneficiosas las dichas últimas Conversaciones Católicas Internacionales de 1959 sobre el Pecado Colectivo (...) Todos los miembros de la Comisión de Teólogos aprueban unánimemente cuanto queda expuesto (...). José María Cirarda; Emilio Sauras; José Sagües, S.J. (...) José María Setién se adhirió por carta a este mismo texto ya que no pudo asistir a la reunión”.

entonces en el seno de un catolicismo que mostró en él una capilaridad social difícil de sospechar en la época y, por ende, deudora de la mayor gratitud⁴³.

⁴³ El particular Canossa que debiera realizar C. Santamaría para salvar su obra discurrió por un paisaje muy conocido por muchos de sus antepasados y coetáneos —y sucesores?— de su misma estirpe intelectual: “Las Conversaciones están pues en manos de la autoridad eclesiástica que las ha creado y sostenido como cosa propia. Mi personal colaboración, así como la de los demás seglares que trabajan en la obra, se ha llevado a cabo en un espíritu de sumisión activa y servicio de la Iglesia, bajo la obediencia y asistencia de la competente autoridad eclesiástica. Por lo cual, tanto si se trata de enjuiciar la actuación pasada como de decidir la suerte futura de las Conversaciones, podría, tal vez, sorprender como menos justo y conveniente que se polarizara la obra en mi persona, pues yo no he sido ni creo ser en ella sino un instrumento de la Iglesia, dispuesto a desaparecer o a desempeñar la función que se me encomiende, si ésta se encuentra entre mis posibilidades. Mi gestión personal en las Conversaciones tenidas hasta ahora, ha sido completamente desinteresada. Me ha costado muchos esfuerzos el hacerla compatible con mis deberes profesionales y familiares por ser padre de una familia numerosa que debo sostener con mi propio trabajo; dadas las innegables dificultades que ha tenido y tiene la obra, en los momentos de desfallecimiento, mis consejeros y amigos espirituales me han animado y estimulado a que siguiera realizado la labor, entendiendo que ella era conveniente para la Iglesia y que mientras no fuese posible dar a las Conversaciones una base más amplia, debía yo seguir llevando el principal peso de la organización de las mismas, aunque ello me resultara penoso. En el mismo sentido se me ha manifestado alguno de los reverendísimos señores obispos de la Junta Patrocinadora, concedores de mi verdadero estado de ánimo y, en fin, en más de una ocasión he expresado filialmente a mi señor Obispo la complejidad del trabajo de organización, sus crecientes dificultades y los escrúpulos que me asaltaban sobre la posibilidad de realizarlos de un modo satisfactorio (...) no me parece que pueda hacérseme responsable de las afirmaciones atrevidas que algunos Sres. Conversadores, eclesiásticos o seglares, hayan podido hacer en el curso de las sesiones, pues yo me he sentido siempre seguro y tranquilo cuando me ha tocado presidirlas, por hacerlo en presencia de varios Sres. Prelados y de personas eclesiásticas que sin duda eran de plena confianza de la Iglesia Jerárquica, a la que tengo conciencia de haber obedecido siempre, limitándome a actuar como simple ordenador y moderador de las discusiones (...) Finalmente, en el punto crítico a que ha llegado la obra de las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, el que suscribe con todo respeto se permite expresar su parecer de que para un ulterior progreso y continuación de aquéllas, sería necesario que la Junta Episcopal patrocinadora u otra autoridad eclesiástica competente fijara el modo práctico y completo de dar cumplimiento a las Normas de la Suprema Sagrada Congregación. Y asegurando mi entera sumisión a la Autoridad del Santo Oficio es un grato deber para mí ponerme a la disposición de la Jerarquía animado del propósito de servirla en lo que Ella desee”. Tiempo adelante se tomaría, con cierto oportunismo, el desquite: “También desde un punto de vista religioso era (*El Ciervo*) un estímulo para seguir creyendo y esperando en medio de aquel bonapartismo eclesiástico ottavianista de los años cincuenta. Año 1953: crisis de los curas obreros y condena de los dominicos franceses”. Contestación a una de las preguntas de la encuesta de la mencionada revista barcelonesa “¿Qué significó para ti *El Ciervo* en el que escribiste? ¿Qué significó para el país?”. *El Ciervo*, 290-3 (1976), p. 84.